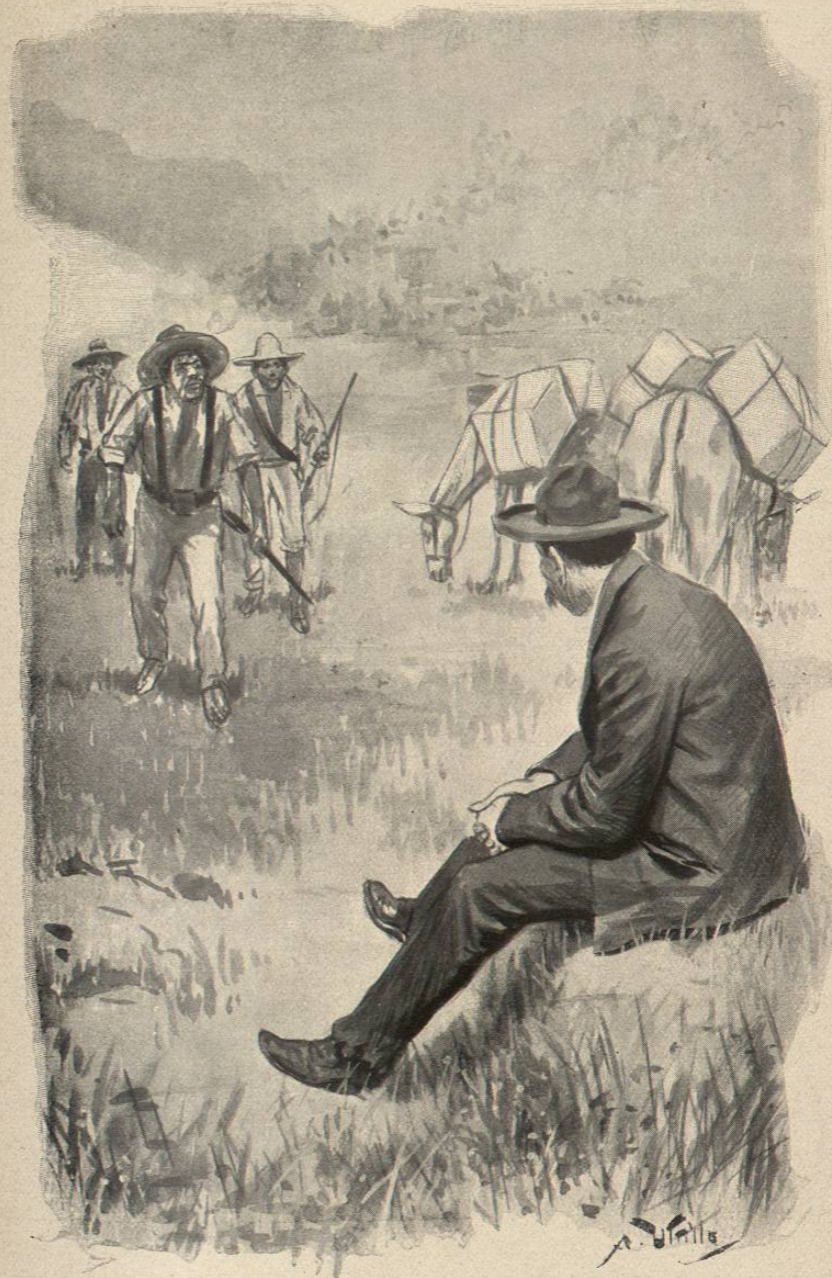


ramos para almorzar ó siquiera para echar un taco, se pusieron alebrestados como si les hubieran dado su buen trago de ración de armada. Creámelo, amigo don Pepe, si en aquel momento se arriesga una acción, ganamos porque ganamos; no le exagero. Pero aquello de la persecución se alargó más que la plática de un predicador erudito. La mancha se disipó como si hubiera sido de humo, y nosotros nos vimos obligados á dar vuelta á una colina que quedaba muy lejos. En esto que empieza á apretar el sol y que viene un calorcito que junto á él valía bonete el frío de la mañana. ¿Para qué es más que la verdad?; los mismos que hacía un ratito querían batirse hasta con Oliveros y Fierabrás, se mostraban tan aplanados, tan tristes, tan descorazonados, que daban lástima. Yo, sin que me tome la mano ni parezca vanagloria, estaba como quien ve visiones: por aquí pasaban unas piezas de artillería á todo escape, con los caballos sobrados, los trenistas echando lumbre por los ojos, los chicotes centellando y la blasfemia en la boca... Por allí venían unos cuerudos en correcta formación, con los caballos sudosos y llenos de espuma... Luego aparecía un ordenanza que de seguro conducía papeles de responsabilidad y trataba de llegar antes que le interceptaran el camino los contrarios... Y después pilas de jefes y un corneta que preguntaba por el camino, y dos viejas cansadas que se sentaron á la vera de un vallado y se pusieron á hacer la crítica de las ope-



—¡Todo perdido, todo perdido! gritaban.

raciones, y la mar de gentes... Entretanto, yo me había ido quedando solo: el coronel se desprendió para auxiliar á un grupo de reclutas que vadeaban un arroyo crecido, los tres capitanes que habían ido con el archivo se marcharon cada cual por su lado, me figuro que para cumplimentar órdenes, y un servidor se quedó más solo y más desairado que el que chifló en la loma... En eso oigo ruidos intermitentes y bien acentuados: pum, pum, pum... Cañoneo tenemos, pero sin que yo pueda saber por dónde suena... Luego pasan corriendo á toda rienda unos charros, á lo más diez ó doce, que aseguran que todo va bien: uno se detiene á dar agua á su caballo en el arroyuelo cercano y dice á voz en grito: «Yo le ví caer, no me cabe duda de que murió hecho pedazos; la bala de cañón le partió de los pies á la cabeza; le hizo pinole.» Y otro replicaba: «Pues yo nada de eso vi, pero sostengo que si alguien le pegó fué Chucho Lalanne; no hay otro capaz de esas galanas.» No pude saber de quién se trataba, porque se retiraron aquellos cristianos á toda rienda... Sería las dos de la tarde cuando veo venir despavoridos á tres infantes: «¡Todo perdido, todo perdido!», gritaban. Yo contemplo á mis mulas paciendo tranquilas la hierbecilla que brotaba cerca de aquel sendero ignorado; les había quitado los bozales, y así, cargadas de papeles como estaban, se entretenían en echarse en el suelo y en hacerse caricias á su manera... Bueno, pues tiene usted que á lo

mejor, y cuando ya empezaba á entrar en alarma, descubro á lo lejos una camilla, tapextle, ó lo que usted quiera llamarle, trayendo á lo que parecía á algún herido grave. Me acerqué, y ¿cuál sería mi pena al encontrarme nada menos que al capitancito Archundia? Traía una herida en semejante parte, que le iba desde la medianía de la barba hasta por acá, cogiéndole el cuello, que quedaba casi separado del tronco. Naturalmente, me le acerqué y procuré hablarle, pero como si no; no veía, oía ni entendía y si no iba enteramente muerto, debe de haber estado poco menos que difunto, pues parecía su cuello una carnicería. Al pobrecillo Archundia le siguieron en orden otras muchas gentes que valían y que estaban poco más ó menos en la situación de mi pobre amigo. Pasó don Silvestre Aranda, pasó el general Castro, pasó el pobre coronel Villagrana, que venía ya dando las boqueadas, y pasó el cadáver del coronel del primero de Zacatecas, Pancho Fernández, que dijeron había caído como bueno al frente de su batallón... Yo estaba que me podían haber ahorcado con un cabello, pues francamente, me hacía poca gracia eso de quedarme allí para que los enemigos triunfantes ó los amigos fugitivos me escabecharan sin que ni Dios ni el diablo sacaran provecho con aquella gracia. Ya tenía listo mi caballito y me preparaba á emprender la fuga avisándole á talones, cuando veo que avanza á toda chilla un cortejo de gentes echando chis-

pas; delante venía un jefe guapetón él, pero de cara de vinagre, que se me acerca y me dice de mal modo: «Eh, buen hombre, ¿qué hace usted allí? ¿Es este el camino que va á San Miguel?» Reconocí inmediatamente al general Patoni, segundo de Ortega, y con la cortesanía que es peculiar en mí me le acerqué sombrero en mano y le dije del mejor modo que supe: «Señor general, ¿se serviría usted decirme cuál fué el resultado de la batalla?»... Sin contestarme me preguntó de nuevo si era aquél el camino que conducía á San Miguel. Yo le respondí que mi empleo era de oficial segundo de intendencia con honores y consideraciones de primero, y como él no me hiciera caso, porque volvió á interrogarme sobre si había pasado la guerrilla del padre Meraz, cosa que yo no sabía ni me importaba, tomé la vuelta del camino aquel, que ya veía erizado de peligros. Ya obscurecía, y al dar vuelta á un sendero oí que me llamaban por mi nombre: «Amores, Amores, oiga usted, detenga un poco las riendas, no fatigue los ijares de su mal regida bestia...» Me volví más que de prisa y pude notar que las tales voces salían de un carruaje que avanzaba pausadamente por el camino, seguro, á lo que se me figuró, de que no podía seguirsele mal ninguno por caminar despacio... «Amores, repitió la voz, ¿qué, no reconoce ya á los amigos? Somos nosotros, mi papá y yo, que vamos de camino para San Luis.» ¿Quién cree que era, amigo? Atínele... Pues nada menos

que su amiga de usted, la grandota aquella que decían que usted... en fin, que yo no quiero decir nada de lo que decían... Está más chula que un peso duro, con un bocito y unas chapas de color y una caída de ojos, que ni le avise... El viejo condenado, con su cara de pájaro frito, sacó la cabeza y me dijo con su boca más desdentada que los arcos chatos del convento de la Concepción: «Hola, Amores, hola, muy buenos días. ¿En qué ocasión nos encontramos, eh? — Sí, señor, le respondí yo, venimos derrotados á lo que parece... — ¿Derrotados? Triunfantes, dirá usted, mi querido amigo: tuvimos la gloria de hacer pedazos á las chusmas republicanas que trataban de cerrarnos el paso. Una vez más se ha mostrado á la altura de su misión el ejército vencedor de Crimea...» Alelado me quedé, pues yo ignoraba que el sinvergüenza hubiera volteado chaqueta, y me habría ido sin esperar más respuesta, si el maldito viejo, seco como una yesca y finchado como verdolaga en huerta de indio, no me hubiera brindado una copa de cognac, que yo necesitaba más que agua de Mayo. Dos más me ofreció y dos más trinqué en su compañía; pero al concluir la tercera me despedí, no queriendo contaminarme con la compañía de un malvado traidor para quien todas las penas del infierno me parecen pocas. La señora, la hija, me parece que se llama doña María, me llamó aparte antes de salir y me dijo con un ruborcillo que hacía resaltar la negrura de su bozo:

— Y dígame, Amores, ¿todavía es usted tan amigo como en otro tiempo lo fué, de nuestro paisano Pepe Brambila?

— Señora, le respondí, por el favor que él me dispensa, seguimos siendo tan buenos camaradas como en tiempos más felices, cuando vivíamos juntos en una casita de la ciudad de México...

— ¡Ah, sí! me respondió; la vivienda esa en que conoció á la tarasca que vive en su compañía.

— ¿Tarasca, señora? le interrumpí. Perdóneme usted, pero la señora doña Cristina es una señora muy honrada... Y además...

— Bien, bien, me contestó; no se trata de eso; se trata de saber si usted puede encargarse de conducir una cartita que le enviamos á nuestro paisano Pepe...

— Señora, usted puede mandar...

— Ya sabrá usted que le debemos muchos servicios... Sobre todo yo, se los debo de muchísima importancia.

— Pues nada más justo, señora...

Y puso en mis manos esta carta, respecto de la cual sólo invoco la salvedad de aquel personaje de romance:

Mensajero sois, amigo;
Non merecéis culpa, non.

Cogió Pepe la carta entre los dedos, la meneó quien sabe si con susto ó con entusiasmo, palideció un poco y

luego leyó para sí esta frase: «Te he esperado y te espero. Vamos para México y te pido de rodillas que vayas á verme allá.»

Parado se quedó Pepe al leer la carta y más parado cuando don Manuel, con sobra de malicia, le dió santo y seña de los negocios de don Canuto. Iba á México de Consejero de Estado, llevaba comunicaciones muy importantes, entre ellas las quejas de don Florentino López, el gachupín, contra Vidaurri. Era más que seguro que el Cíbolo quedaría destituido de su cacicazgo de la frontera y que se pondría á quien designara don Canuto, que contaba con toda la confianza de S. M. Al llegar á México se le habían abierto todas las puertas de la corte y se había encontrado con muchos y antiguos amigos con quien estaba á partir un piñón. En cuanto á María, dijo el licenciado que estaba asediada por partidos brillantísimos y sólo de ella dependía volver á ascender las gradas del altar.

II

Día de San Miguel, santo del Ministro de la Guerra, la comitiva tocó en la villa de Coronado del Río Florido, la primera del Estado de Chihuahua que se pisó durante aquella larga é ingrata odisea que había de prolongarse algunos meses, si no es que algunos años.

Chihuahua fué para don Benito y los suyos la tierra

que había de compensarles de todos los sinsabores, de todas las penas y de todas las desgracias que le habían aquejado durante su largo viaje. En Chihuahua encontraron los emigrantes lo más caro de lo que habían perdido: calor de hogar, vida de familia, respeto, cariño y estimación. En Chihuahua no extrañaron los pobres y desvalidos expedicionarios ni el mimo de la casa paterna, ni las atenciones que se tienen con los seres más queridos, ni la bondadosa solicitud que es propia de quien de veras ama. De Río Florido á la villa de Allende, la gente se detuvo en la hacienda de la Concepción, perteneciente á los señores Urquidis, que invitaron á los expedicionarios á comer en la finca; y fué de mucho gusto é impresionó mucho á todos los presentes que el viejo don Juan N. Urquidi, encanecido en las luchas por la libertad del hogar y por la libertad de la República, en las luchas contra los bárbaros y contra los reaccionarios, llevara á todos sus hijos y nietos, que casi formaban una tribu, á que dieran la bienvenida á don Benito y que le miraran detenidamente para que grabaran en su memoria la fisonomía del caudillo.

En Allende hubo un recibimiento tan entusiasta como en las otras poblaciones chihuahuenses: comida, brindis, recepción, un paseo á las orillas del lugar y la promesa de levantar un sencillo monumento que perpetuara la memoria de la inesperada visita.